



ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE S. ANTONIO 64, 4.º, 1.ª

BARCELONA

APARTADO DE CORREOS:

Núm. 147

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. D. Hermenegildo Díaz de Cevallos.
Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.
Excmo. Sr. Barón de Bretauville.
Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.

Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.
D. Antonio Brea.
Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.
D. Joaquín J. Llorens Fernández de Córdova.

D. Juan Vidal de Llobatera.
D. Ramón Vila y Colomer.
D. Tirso de Olazabal.
D. José Luís Ortiz de Zárate.
D. Reynaldo Brea.



D. NICOLAS OLLO

* EN IBERO (NAVARRA) EL 6 DE DICIEMBRE DE 1816. † EN EL SITIO DE BILBAO, EL 29 DE MARZO DE 1874

SITIO DE BILBAO

II

Rómpense las hostilidades.—Primer período del asedio.—La vida de los acantonamientos y la vida de los sitiados.—La avanzada de la Salve.—El Ayuntamiento de Begoña.

PARA la mejor inteligencia del relato, conviene dividirlo en períodos, comprensivo el primero, de los hechos de armas verificados desde el 19 de Febrero hasta fines de Marzo, dejando para el segundo, los ocurridos hasta el levantamiento del sitio.

Hemos dicho que fueron tres la Baterías de morteros y tres las de cañones, sin contar la mixta de Ollargán. Nada tenemos que decir de las primeras, después de haber fijado su situación en el monte de Archanda. Estas fueron construidas por los artilleros de Vizcaya, á las órdenes de los Comandantes Vélez y García Gutiérrez sellando éste con su sangre, como hemos indicado, los reconocimientos previos verificados en dicha cordillera. Todas estaban dotadas de morteros de 27 centímetros y sus proyectiles procedían, unos de la fundición de Arteaga y otros de la del Desierto.

Respecto de las Baterías de cañones, merecen párrafo á parte, debiéndose su construcción á los voluntarios del Batallón de Bilbao y su ingeniosa situación al Coronel del mismo, D. José Seco Fontecha (1). La de Artagán se hizo, como hemos indicado, para batir en brecha á Begoña, y evitar que los tiradores de su torre, hicieran imposible ó muy difícil el trasladarse de un punto á otro de las posiciones carlistas, dada su dominación. Se aprovecharon para ello las dos paredes de piedra del foso de un fuerte que hubo allí en la primera guerra civil, y el tercer lado se rellenó de sacos á tierra, cubriéndose además las pare-

(1) Este pundonoroso y valiente Jefe había servido en la Guardia Civil, habiendo desempeñado mucho tiempo la Comandancia de Vizcaya. Excuso, pues, decir la valía de sus servicios en terreno que conocía á palmos. Su religiosidad y hábitos militares, contribuyeron no poco al excelente espíritu del mencionado Batallón. En Abárzuza fué herido en un muslo, y falleció en la emigración (Dax).

des de la cañonera, con maderos y tierra, dándole el espesor suficiente para defenderse de los fuertes que dominaban á su vez la Batería, tanto en número como en el calibre de sus piezas.

La de Santa Mónica fué asimismo hecha por el citado Batallón, que se albergaba en los conventos de las Recogidas y Santa Clara. Su construcción era análoga á la de Artagán, con su correspondiente cumbra blindada.

Si no hubiera sido por esas defensas, ¿cómo era posible, no atacar, sino mantenerse á la defensiva siquiera, con dos cañones lisos de 13 centímetros contra diez veces mayor número de los calibres de 12 y 16 rayados?

Para ofender con mejor éxito al fuerte de Mallona, cuya proximidad á la Batería de Artagán flanqueándola, hacía muy comprometido su servicio, se construyó una Batería provisional, por el que esto escribe, en el intervalo comprendido entre las dos. Se situaron en ella dos cañones lisos de á 12, fundidos en Arteaga, que luego pasaron á la de la Cadena vieja, la cual fué dirigida con todas las reglas de la fortificación, por el Teniente Coronel de Ingenieros Garín.

Llegué, pues, con el Teniente D. Luís Ibarra desde Somorrostro, el 20 de Febrero, haciéndonos cargo en el acto de la organización y mando de las Baterías, con entera independendencia de los morteros. El Coronel Fontecha les hizo entrega de sus puestos y hecho el correspondiente acopio de pólvora y proyectiles, de lo cual se habían ocupado asiduamente el Comandante General Maestré, Martínez, García Gutiérrez, León y Zárate, esperaron la orden de romper el fuego.

Hétenos por fin frente á la plaza de Bilbao, á quien se bloqueaba y circunvalaba y no sitiaba, pues sabido es que para embestir á una plaza, tiene el sitiador que hallarse con el sitiado en la relación de 5 á 1, cuando solamente en artillería, estábamos en la relación de 1 á 12.

El mismo día 20 llegó á nuestra línea el arrojado y caballeroso Marqués de Valde-Espina, el que acompañado por Fontecha y

por mí recorrió toda ella á pie, no sin ser saludados por los fuertes de la Plaza con algunas granadas. Tal era la proximidad entre unos y otros combatientes, que tres hombres reunidos eran causa de que nos lanzaran proyectiles los artilleros liberales (1).

El día 19 y según los usos de la guerra el General carlista Valde-Espina anunció el bombardeo con 24 horas de anticipación, que se prolongaron otras 24 para que salieran de la villa los cónsules, mujeres y cuantos no se creyeran útiles para la defensa.

El día 20 distribuyó el General Castillo convenientemente sus fuerzas; estableció vigías en las torres, para avisar la llegada de las bombas y á las doce y media salió de la Batería de Pichón la primera bomba contra la plaza, á la que sucesivamente siguieron las de Casamonte y Quintana. El bombardeo continuó sostenido durante toda la noche arrojándose unas 140. El mayor número de ellas se dirigía al Parque de San Nicolás, donde se creía se custodiaban las municiones, como así era en efecto. El destrozo fué grande en el caserío, contándose entre otros, la rotura de un cable del Puente colgante.

Las Baterías de Artagan y Santa Mónica empezaron su trabajo de demolición de la torre de mampostería de Begoña, logrando al cuarto ó quinto día de cañoneo, romper los blindajes de los huecos de las campanas. Si no se había conseguido alejar del todo á los Forales, por lo menos se dificultaba su situación, mientras recomponían sus desperfectos.

Para no hacer de nuestra narración un diario de operaciones, nos limitaremos á referir los hechos y episodios más principales acaecidos en ambos campos. Baste decir, condensando esta reseña, que desde que se arrojó la primera bomba hasta el 31 de Marzo, cayeron 3,600 sobre la po-

(1) No queremos dejar de mencionar un hecho curioso acaecido al recorrer la línea los tres Jefes carlistas. Sabido es que el Marqués es perfectamente sordo, y diciéndome Fontecha en su voz natural, lo feliz que era el General en evitarse oír el repetido paso de los proyectiles á nuestro alrededor, se volvió aquél rápidamente á nosotros, y nos dijo: «Se equivocan: es lo único que oigo bien.»

blación y 900 balas sobre Begoña, logrando auventar por completo á los defensores del piso superior de la torre, rompiéndoles la escalera y destruyendo un tercio próximamente de la mampostería del primer cuerpo. Fueron, asimismo, tan insistentes los disparos dirigidos al Parque de municiones, que tuvo que ser trasladado bajo la bóveda de un arco en seco del puente de San Anton.

El bombardeo tuvo que ser suspendido muchas veces: no horas, sino días enteros por falta de pólvora. De nada servía que el Marqués encargase á Francia, y que el R., que fué á situarse desde el principio en las Cruces (1), se valiese de cuantos medios le sugería su buen deseo para ordenar el envío de pólvora. Debido á sus gestiones, llegó un día (creemos á mediados de Marzo) un carro procedente de Aragón, atravesando las líneas enemigas, sin que éstas se apercibieran del paso de tan importantísimo convoy.

Los morteros tuvieron que refundirse, y la escasez de balas forzó á los carlistas á diseminar por el campo cientos de voluntarios, para procurarse las tiradas por el enemigo, á fin de alimentar sus bocas de fuego.

Mientras tanto, los bilbainos, á quienes no pueden negarse en justicia sus patrióticos sufrimientos, y el estoicismo con que perseveraban en sus rudas fatigas, tuvieron que prescindir de los pisos superiores y trasladarse á los bajos y sótanos de sus casas. Ya á fines de Marzo empezaban á no ser tan fáciles los mantenimientos: faltaba la carne del todo y la harina escaseaba, y aun cuando las bajas no eran muchas, ni sensibles, la moral de soldados y bilbainos empezó á decaer, si bien ponían rostro alegre á los reveses. Su valor cívico era grande, repetimos, y no hemos de ser nosotros quienes regateemos alabanzas á nuestros enemigos políticos de entonces.

La vida en los acantonamientos carlistas era lo más satisfactoria posible, á excep-

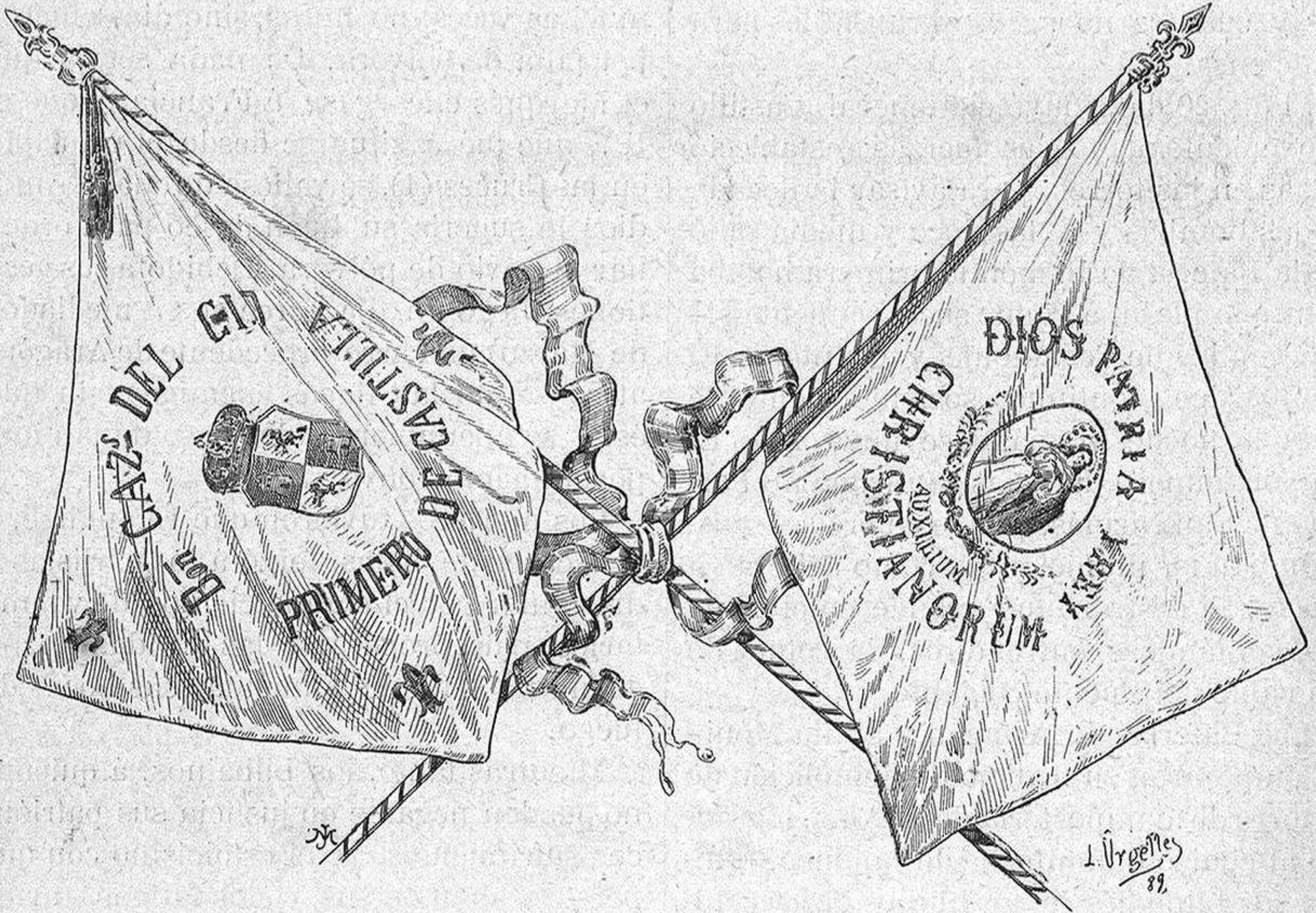
(1) Las Cruces ocupaba una situación equidistante de Somorrostro y Bilbao: Don Carlos quería participar, como siempre, de las fatigas y peligros de los unos y de los otros, y allí se estableció desde Febrero con D. Joaquín Elío.

ción de que ibanse convenciendo muchos (yo ya lo estaba) de que los bilbainos no se rendirian sólo con el bombardeo (1).

Al amanecer rompían la diana las músicas de los Batallones, cuyos acordes daban siempre lugar á algunos cañonazos con que nos saludaban los fuertes, máxime si á continuación de las dianas, entonaban aquellos la *Pitita*. Esto nos recordaba otro espectáculo igual que habíamos

presenciado en Africa. Las dianas ocasionaban en los moros el mismo efecto que en los liberales, es decir, que contestaban á balazos á las músicas de los españoles. Los extremos se tocan: únicamente á este refrán podemos atribuir el que los súbditos del déspota africano se parecieran á los novísimos republicanos del otro lado del Estrecho.

Los Oficiales y los voluntarios desayu-



Bandera del Batallón primero de Castilla

naban frugalmente, y desde allí, cada cual se iba al punto que tenía designado desde la víspera. Los más madrugadores oían Misa que decían los Capellanes en los templos habilitados para el culto. El más concurrido era el de las Recogidas, donde se

(1) Tan arraigada llegó á hacerse esta idea tanto en una como en otra línea carlista, que llegaron á pensar seriamente en un asalto; en su consecuencia, una noche, previa la venia del General Elío, atravesaron la ría dos Batallones navarros al mando de Lerga, llegando tres horas antes de amanecer á Olaveaga. El Marqués no estaba prevenido de la llegada de tan poderosa ayuda y temiendo se resintieran los vizcainos que rodeaban la Plaza, hubo de desistirse de la empresa. Los navarros regresaron, pues, mohinos y cabizbajos á su campo de Somorrostro.

alojaba la fuerza franca de servicio del Batallón de Bilbao y la Artillería. Los que no tenían misión señalada, se encaminaban á las alturas de Monte Abril, Santo Domingo y Axpe, desde donde se distinguían claramente los movimientos y los disparos de ambos ejércitos en Somorrostro, ó á ver lanzar bombas á las Baterías de morteros. Las de cañones no eran tan visitadas, no por el peligro que en ellas podía correrse (que no era escaso á decir verdad), sino porque sus emplazamientos podían contener pocos curiosos. Sin embargo, casi toda la Oficialidad del buen Batallón de Bilbao desfiló por ellas, ofre-

ciendo su ayuda á los artilleros. Los más asiduos eran los Capitanes Rovira, Castilla, Llona, el Alférez Marín y el Médico Moreno.

A las doce cesaba el fuego, se descansaba hasta las tres de la tarde y siempre eran acompañados al regresar á sus acantonamientos por los multiplicados disparos de los fuertes. La noche se pasaba viendo

arrojar bombas á la capital de Vizcaya, que desde un principio había suprimido el alumbrado de casas y calles, para no servir de fácil blanco uno y otras. El servicio se relevaba también de noche entre los carlistas, por la misma razón.

Los días en que escaseaba ó no había pólvora se empleaba en recorrer los alrededores de la plaza y las posiciones de So-



ARTILLEROS CARLISTAS

morrostro. Cuando el General republicano Moriones retrocedió el 24 de Marzo ante los Batallones carlistas mandados por Ollo, el Marqués de Valde-Espina ofició al General Castillo comunicándole la nueva é invitándole á que enviara algún Jefe ú oficial de su confianza, para cerciorarse del hecho. Con este motivo mediaron corteses comunicaciones entre el ilustre Marqués y el entendido defensor en jefe de la Plaza, por más que éste no aceptara la galante invitación del General carlista (1).

(1) La monotonía del sitio hubo de romperse en Marzo, solamente en dos ocasiones. La casa Delmás, refugio de 35 carabineros de la avanzada de la Salve: fué atacada y tomada

Concluiremos este capítulo con una noticia que llenó de luto los corazones y de llanto los ojos de todo el Ejército carlista. Nos referimos á la muerte del General Ollo, Brigadier Rada y Auditor Escudero, víctimas de una granada que reventó en el

por algunas compañías del Batallón de Durango, á las órdenes del Barón de Sangarrén, cayendo prisionera toda la fuerza que la guarnecía. Esto fué el 14 de Marzo. En la misma noche se frustró otro ataque de los carlistas contra la Casa fuerte del ayuntamiento de Begoña. Para esta operación habíanse preparado faginas y camisas embreadas y un carro de paja rociada con petróleo. Pero por más que á la vez rompían el fuego sobre la Plaza los Batallones carlistas, en Albia y otros puntos, los forales sospecharon y su vigilancia ó su espionaje les avisó con tiempo y pudieron estorbar el ataque. El carro se incendió, pero no contra las defensas liberales.

grupo donde aquellos se encontraban, el día 29 de Marzo. "Sabido era el prestigio que ambos gozaban entre sus compañeros y subordinados. El uno por su iniciativa é inteligencia, y los dos por su temerario valor y empuje. Los tres descansan en paz en tierra vizcaína: pero, como con la ayuda de Dios hemos de ocuparnos, que bien lo merecen, de las reñidas acciones de Febrero, Marzo y Abril, nada añadiremos por ahora: para entonces emplazamos al benévolo lector, á que nos siga en nuestro estudio militar. Únicamente nos limitaremos á consignar la opinión del E. M. liberal al ocuparse de Olo.—Era un Jefe de gran prestigio y valor (dice) y de bastante iniciativa, y su vacío difícil de llenar.

ANTONIO BREA

De la notable Revista *Estudios Militares*, que ve la luz en Toledo, transcribimos el siguiente escrito que creemos leerán con interés nuestros abonados.

LA DEFENSA DE LOS PIRINEOS

I

No creemos necesario el esforzarnos en demostrar la gran importancia que para la defensa del país encierra la cordillera Pirenaica en su parte continental. No ya los militares, sino todos los españoles, se dan cuenta de ella ó la sienten intuitivamente, por más que á la mayoría no le sea dable el apreciar la verdadera influencia que tan formidable barrera natural alcanzaría á ejercer en la lucha contra una invasión que, viniendo del otro lado de ella, claro es que no habría de ser intentada por otros que por nuestros vecinos los franceses.

Por nuestra otra frontera terrestre, poco parece, en efecto, que hayamos de temer, dada, en primer término, la inferioridad de fuerzas de Portugal, y después porque es de esperar que lejos de romperse los lazos fraternales que unen á ambos pueblos ibéricos, los que en rigor forman uno sólo por las leyes del origen y de la naturaleza, sigan aquellos estrechándose cada día más hasta encontrarse unidos españoles y portugueses en los campos de batalla, donde acaso todas las naciones de Europa hayan de ventilar las grandes cuestiones políticas y sociales que ya actualmente se agitan, el día en que llegue á estallar una de esas conflagraciones pavorosas tan frecuentemente anunciadas.

Cierto es que la política no suele dejarse guiar por sentimentalismos, ni por afinidades de raza, ni aun siempre, siquiera, por los intereses tradicionales más ó menos definidos que ligan á unos países con otros,

sino que acostumbra á ceñirse á los más positivos del momento que el egoísmo señala como preferentes, y en este concepto sería posible, ya que no probable, el que sometida la nación lusitana á influencias extrañas, volviera á servir de estribo, digámoslo así, á los ejércitos de alguna gran potencia, para poner el pie en esta parte del continente, bien con el objeto de tomar parte contra España en una lucha general, ó bien con el de agredir á ésta por tierra en una simple guerra de nación á nación, en la que aquellas hubieran recabado la alianza de Portugal. Tenemos también muchos puntos vulnerables en nuestras dilatadas costas; más ni éstas son todas abordables, ni aunque en ellas pudiéramos recibir mucho daño de las escuadras de cualquiera de los países que tienen superioridad naval sobre nosotros, no es admisible la hipótesis de la invasión por la vía marítima, por efecto de los grandes elementos en tropas y en material que para tal empresa serían necesarios y de los enormes medios que su transporte á distancia exige; aparte de lo peligroso de una base de operaciones adosada al mar y de la dificultad de crearla; pudiendo asegurarse que no hay marina que baste para el intento de acometer en tal forma á una nación de alguna importancia, y que, por lo tanto, sólo hemos de temer una agresión de esa naturaleza como medio secundario empleado por un enemigo poderoso para auxiliar el ataque principal que por tierra nos dirigiera. Aun con la base de Portugal y la cooperación de sus fuerzas sería muy difícil que ninguna potencia, por fuerte que fuera, se atreviese á traer la guerra á nuestro territorio, si otras atenciones no nos obligaban á distraer una parte considerable de los elementos de defensa con que contamos; y claro es que, al afirmar esto, descartamos por completo la posibilidad de que sin tales condiciones partiese la agresión del árido peñón en que el pabellón inglés nos afrenta clavado en nuestro propio suelo, incapaz, como aquel es, á pesar de su fortaleza, de dar abrigo y servir de apoyo á un gran ejército que por él intentase encontrar acceso al interior del país.

Hemos dejado correr la pluma con estas consideraciones que pudieran parecer incongruentes para nuestro objeto, porque ellas realzan la importancia de los Pirineos, que cierran, por lo que ligeramente acabamos de ver, la única puerta de ingreso en nuestro país militarmente hablando. Esta circunstancia avalora nuestra posición geográfica, permitiéndonos vivir en el estado de relativo abandono en que lo hacemos respecto á organización militar, siquiera acreditemos con ello una vez más la imprevisión que nos caracteriza, y da á la existencia de esa cadena de montañas una marcada influencia política, haciéndonos independientes de las cuestiones que conmueven á la Europa en general; pudiendo decirse que los Pirineos nos alejan del centro de ella muchas más leguas de lo que lo estamos por la situación de España.

Es preciso, sin embargo, no confiar en esto demasiado. Si á beneficio de esta situación podemos observar con tranquilidad los acontecimientos que conturban á los demás países, y dispensarnos de los exagerados

sacrificios que éstos hacen para, imponiendo respeto á sus adversarios más ó menos encubiertos, sostener una paz siempre amenazada y más costosa que la guerra misma, sólo puede darnos la seguridad de tales ventajas un estado militar que garantice en todo caso la defensa de la Península y de nuestras posesiones de Ultramar.

Además, si nada por hoy hace presumir la proximidad de un conflicto con otra nación y si con Francia que es, según lo que hemos dicho, con la que más nos interesa conservar la buena armonía, sostenemos afortunadamente relaciones de recíproca y sincera amistad, es notorio cuán rápido é inesperadamente surgen á las veces los conflictos internacionales; y cuando esto ocurre, es corto el tiempo para prepararse á la lucha. De la prontitud con que esas tormentas se forman en el seno de la atmósfera política más tranquila, tenemos en España dos ejemplos recientes que debieran servirnos de saludable consejo, y por otra parte parece, en los momentos actuales, que van condensándose los vapores que pudieran dar lugar á la formación de nubes tempestuosas en esa parte del horizonte hacía donde se halla la región en que ciframos nuestros intereses del porvenir, ese caduco imperio de Marruecos en cuyo seno luchan con creciente empeño, sobreponiéndose á la nuestra, las influencias de poderosos estados que en plazo, tal vez no lejano, tratarán de recabar cada uno para sí, lo que por la razón histórica y de raza nos pertenece.

Esas cuestiones podrán ventilarse en Europa con las armas en la mano, quizá dentro de nuestro territorio, y preciso es que para ello estemos preparados. No parece, pues, muy oportuno el momento escogido por algunos de nuestros hombres de Estado para plantear el problema económico, buscando su solución en la rebaja del Ejército, con tanto más motivo, cuanto que las probabilidades de un conflicto aumentarán, por lo menos, en razón directa de nuestra debilidad.

Por lo demás, la primera necesidad de la existencia antes que pensar en el ataque, es la de poder defenderse, y para esto ya hemos visto que debemos dirigir nuestra atención principalmente hacia la frontera pirenaica; respecto á la cual, por lo tanto, vamos á tratar de darnos cuenta de la importancia real que en el concepto estrictamente militar tiene el obstáculo natural que la constituye.

Al contemplar desde la vertiente española de la cordillera, y principalmente en la parte central, el gran relieve de sus montañas, lo árido de las cimas, la aspereza de sus laderas, por las que parece imposible el descenso por fuera de los caminos trillados; viendo extenderse á gran distancia hacia el interior numerosos y abruptos contrafuertes, formando laberintos de montañas, en los que naturalmente abundan las posiciones defensivas, de aspecto el más formidable; al considerar, por último, la escasez de buenas vías de comunicación, cual las necesitan los ejércitos para el arrastre de su inmenso material, lo limitado de los recursos en aquellos estrechos valles y la crudeza del clima durante la mayor parte del año, es fácil la grata

ilusión de creer á la patria al abrigo de todo ataque, tras de tan favorables defensas naturales que con tanto tesón sabrían guardar ó disputar sus hijos el día del peligro, inspirándose en su propio valor y en el ejemplo de sus antepasados. Mas si se reflexiona fríamente sobre la gran extensión de dicha frontera, que en sus extremos se presenta mucho más accesible que en la parte media y se tiene en cuenta la abundancia relativa de buenos caminos que en aquellos existen á inmediación de la cordillera, ó la atraviesan, se comprende ya que no es empresa tan fácil la de detener á un enemigo dotado de gran superioridad numérica, que podría desembocar por cien puntos distintos á la vez, pues aun en esa misma región central, tan áspera y poco poblada, son numerosas las sendas que cruzan de una á otra vertiente, y si por ellas no puede desfilar todo un ejército, el que necesita además dejar á su espalda comunicaciones seguras y bien expeditas, pueden, sí, servir para el paso de divisiones ó brigadas, equipadas á la ligera, las que envolviendo á las fuerzas defensoras abrirían á las gruesas columnas de su ejército las entradas principales.

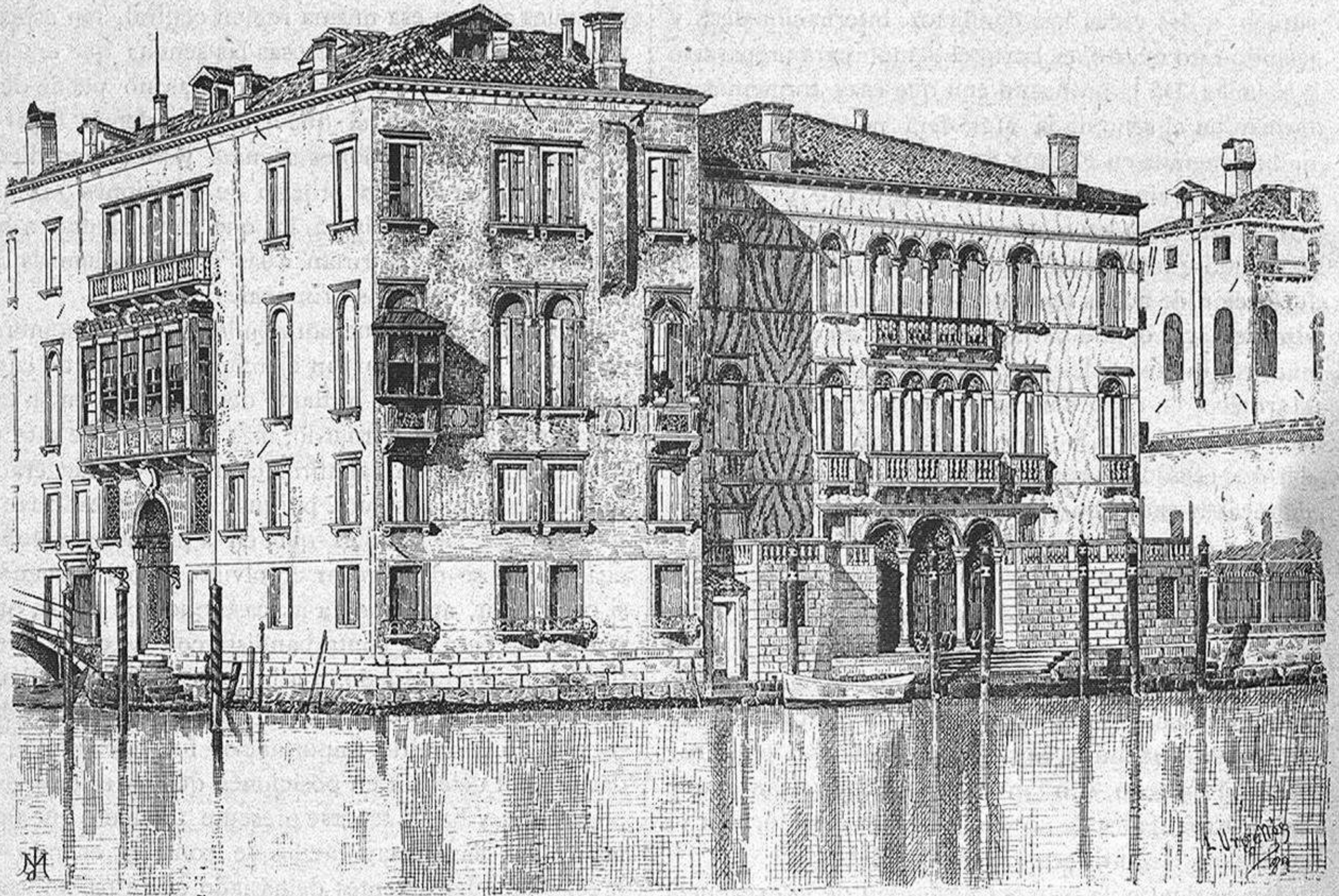
Napoleón I decía que por donde pasan dos hombres de frente puede pasar un ejército, aforismo de cuya verdad dió él mismo brillante demostración en su famoso paso de San Bernardo; mas si á pesar de esto se puede encontrar en tal afirmación algo de exagerado ó de demasiado absoluto, porque las circunstancias no son siempre las mismas que en aquella memorable ocasión, no se debe echar en olvido, y, por lo menos, si cabe decir, aplicándola al caso que nos ocupa, que por donde pasa un contrabandista con su carga, bien puede pasar un soldado. La historia militar está llena de casos en que el descuido en guardar un mal sendero, por no atribuirle importancia, fué la causa de la derrota del defensor en posiciones que parecían inexpugnables; y ha de tenerse presente también, que faltas de esa clase, muy fáciles de cometer cuando es preciso atender á frentes demasiado extensos, unidas á los inconvenientes inherentes á la defensiva en esta situación, son las que explican la frecuencia del mal éxito de la defensa de largas cadenas de montañas, á pesar de todas las ventajas de esa clase de posiciones, desde el punto de vista táctico.

La multiplicación de las vías de comunicación, ya férreas ó ya ordinarias, á través de los Pirineos, ha venido en los tiempos modernos á dificultar la defensa de esa frontera, mucho más que cuando á fines del pasado siglo se cubrieron de gloria nuestras tropas en sus dos teatros, oriental y occidental, contra los ejércitos de la República francesa, aunque con resultado poco favorable al fin. Si las fuerzas de la defensa podrían alcanzar hoy un efectivo más considerable que entonces, también serían superiores en mucho mayor grado los del ataque y podrían utilizar desde el primer momento esa superioridad, merced á los mejores caminos que para su avance encontrarían ahora en aquellos dos mismos teatros obligados de nuestras contiendas con Francia; en los que, por otra parte, con más ó menos tiempo ó trabajo, aprovecharían asimismo para

sus comunicaciones las dos líneas férreas de Barcelona al Mediodía de Francia, y la general del Norte de España, á despecho de la precaución de nuestro país en adoptar un ancho de vía mayor que el general de Europa.

Hoy, además, sobre lo que la situación de dichos dos teatros de operaciones ha variado en el concepto expuesto, ha venido á complicar la cuestión, la necesidad de atender á otro tercero en los Pirineos centrales, por donde tenemos ya una carretera que nos une con Francia por Canfranc y otra desde Jaca por el

puerto de Sallent, con una pequeña solución de continuidad, y por donde también, en plazo más ó menos breve, habrá de construirse el ferrocarril en proyecto por el mismo paso de Canfranc, el que vendrá á constituir el complemento indispensable en la época actual para la línea de operaciones de un ejército algo numeroso; teniendo para nosotros el avance de uno francés por esa que indicamos, la grave desventaja de permitirle llegar en tiempo relativamente breve á la región media del Ebro, imposibilitando así en parte el provecho de que la dirección de este río y de la naturaleza



VENECIA.—Palacio Loredán, propiedad de Don Carlos de Borbón

del terreno adyacente se podría sacar en otro caso para la defensa, aunque esto no quiere decir que le fuera fácil al enemigo alcanzar á situarse en Zaragoza ó sus inmediaciones, ni que la utilización de este nuevo objetivo dejara de ofrecerle á la vez peligro serio si su superioridad numérica no le permitiera ser más fuerte á la vez en todas partes. El ferrocarril, también proyectado, por el Noguera Pallaresa, no parece ofrecer el mismo peligro y conduce además á un objetivo de menor importancia, aunque teniéndola también grande; pero de todos modos sería, sin duda, utilizado por el invasor para la comunicación con su base de operaciones, en cuanto consiguiera dominar el país que recorre y ponerlo en explotación, pues debe suponerse que, como en todos los demás, se practicarían en él trabajos considerables de destrucción.

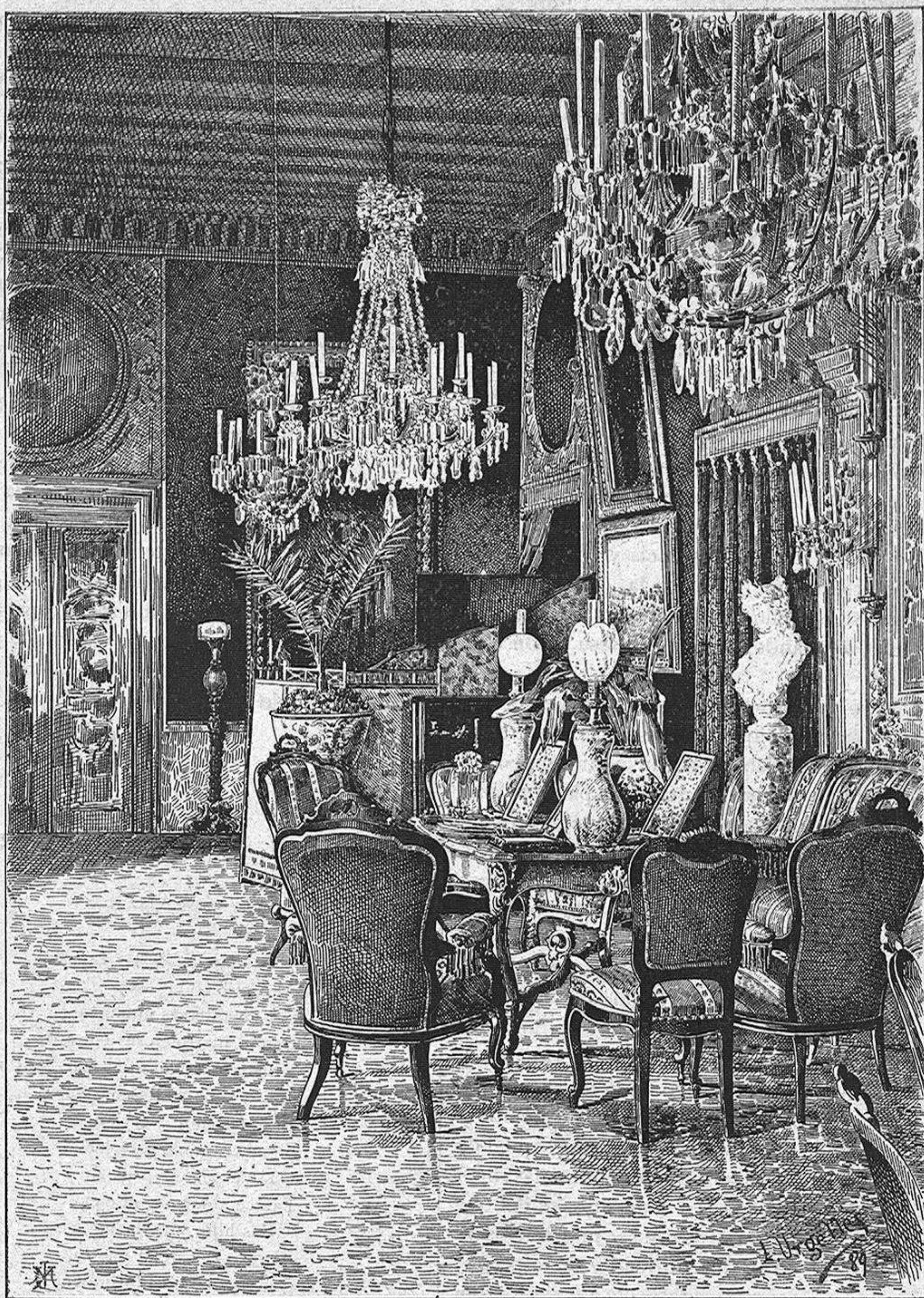
En el estado social y político de la actualidad no se puede ya cohibir la tendencia, cada vez mayor, de los

pueblos á aumentar sus relaciones para facilitarse la satisfacción de las necesidades crecientes de la vida, y así no es posible impedir la apertura de esas vías mencionadas ni lo será la de otras que seguramente irán proyectándose, ó que ya lo han sido, como el llamado ferrocarril de los Alduides, al compás de las necesidades comerciales. La defensa de todas las actuales exige ya la construcción de numerosas obras de fortificación, en lo cual apenas se ha hecho algo en España hasta ahora, y naturalmente irán en aumento las atenciones de esta clase hasta tal punto, que será cuerdo el preguntarse si los cuantiosos gastos que esas obras representan y las numerosas fuerzas que absorberían para su guarnición, por corta que sea la de cada uno de los llamados fuertes-barreras, corresponden á la magnitud del resultado que con su existencia se obtendría, puesto que, por mucho que se multipliquen, nunca se conseguirá cerrar todos los pasos, y cuanto más se tien-

da á este fin más se sentirán aquellos inconvenientes.

¿Pero quiere decir todo esto que hayamos de renunciar á defender los Pirineos ó siquiera que debemos prescindir del auxilio del arte para su fin? Seguramente que no. La naturaleza parece haberse complacido

en colocar esa cordillera para resguardo de la península, en el istmo que la une al continente, dándole todas las condiciones apetecibles al fin de realzar su fuerza, y no ha de desaprovechar el hombre tan gran beneficio.



VENECIA. — Salón de recepciones del palacio Loredán

Aparte del valor defensivo y de las dificultades que presenta la cadena principal, la extensión de la zona montañosa formada por los numerosos ramales que se desprenden hacia el S., y la disposición de éstos, que unas veces cambian de dirección en ángulo recto y otras lanzan espesos contrafuertes que se yerguen á

grandes alturas enlazándose entre sí y formando nuevas líneas de defensa paralelas á la primera, ofrecen los medios de hacer una resistencia obstinadísima. Esta favorable disposición es sobre todo notable en las sierras de Leyre, en Navarra; de la Peña de Orce y de Guara, en Aragón, y en las de Boumort y el Mon-

sech en Cataluña; la última de las cuales viene á unirse por el E. con la de Cadí directamente desprendida de la cordillera, así como la primera se prolonga al Oeste por las de Alaix y del Perdón, formando entre todas, con otras asperezas que les sirven de enlace, como una última y formidable barrera para contener el invasor.

En cuanto á la utilidad de la fortificación permanente, así como la de los recursos que ofrece la improvisada para aumentar el valor de las posiciones, es innegable. Fuertes en primera línea, bien situados y dominando las comunicaciones principales, si no detendrán indefinidamente al enemigo, ni imposibilitarán á sus fuerzas ligeras, ó que marchen á la ligera, el acceso al interior, servirán por lo menos para dar apoyo á las primeras tropas encargadas de contenerlo, le impedirán avanzar con resolución y en masa, llevando material de arrastre, y le obligarán á una expugnación que puede ser costosa, en tiempo sobre todo, exigiendo para realizarla la reunión de elementos, tales como piezas ligeras de sitio ó de posición, que no pueden marchar á la cabeza de las columnas, particularmente en países montañosos. A retaguardia, posiciones bien estudiadas y preparadas de antemano, sobre las que podrán concentrarse las fuerzas de la defensa, les permitirán hacer frente á las superiores del invasor, quebrantarlas con una tenaz resistencia y acaso, rechazándolas victoriosamente, tomar la ofensiva hasta hacerles pagar su empeño con la derrota ú obligarles, cuando menos, al abandono de la empresa y con él al del territorio.

No es nuestro propósito el trazar un plan completo de defensa, ni exponer siquiera el sistema de operaciones que en la frontera debiera seguirse, ni tampoco el de hacer un estudio geográfico detallado para analizar el valor estratégico de los accidentes que le forman. Todas las anteriores consideraciones tienden solamente á apreciar en su justo valor, pero de una manera general, el partido que para la defensa del país puede sacarse de la cordillera pirenaica y tienen por principal objeto el combatir la errónea creencia de su invulnerabilidad, haciendo ver la ineficacia de la defensa inerte, esto es, de la que por sí solos ofrecen los obstáculos naturales por grande que sea su importancia y aun contando con el apoyo pasivo de la fortificación.

Son, pues, necesarias tropas, dispuestas á tiempo y en número considerable, y de este elemento capital de la guerra, ya se haga en llanuras ó en montañas, bien sea ofensiva ó defensiva, campal ó de sitio, es del que vamos á tratar. El asunto no puede ser más interesante, porque el estado de su inferioridad y mala preparación en que nos encontramos respecto á fuerzas prontas á ocupar la frontera desde los primeros momentos de una declaración de guerra, es una de las causas mayores de nuestra debilidad con relación á la nación vecina.

El atraso en que se hallan los trabajos de fortificación de esa frontera con arreglo á los nuevos principios que rigen en la materia, y no son otros que los antes indicados, y la lentitud con que por razones económicas se procede en tan importante asunto, contri-

buyen, no se puede dudarle, á acentuar aquella debilidad; pero lo repetimos, en nuestro entender, no es este motivo, ni aun el de nuestra inevitable inferioridad numérica, considerada ésta en absoluto tan grave como la falta de fuerzas disponibles en cualquier momento, no ya para defender los Pirineos contra todo el poder del enemigo, sino para observarlo desde ellos y evitar que nos sorprendiera en plena movilización, adelantándonos en la ocupación de los puntos más importantes é impidiendo ó perturbando la concentración de nuestro ejército de primera línea.

Esa protección para las importantísimas operaciones preliminares de la movilización y la concentración, que tanto preocupa á todas las potencias militares, buscando cada una por medios distintos, según sus condiciones, el modo de obtenerla, es la primera de las ventajas que nos proporcionan dichas montañas, entre los tres distintos conceptos que podemos utilizarlas desde el punto de vista militar. En el segundo de éstos pueden ser consideradas como el escudo de la patria, por su importancia cual línea de defensa en razón á las dificultades que produciría al invasor y á la fuerza que prestaría al ejército nacional, supuesto ya concentrado sobre ella. Perdida esa línea y penetrando el enemigo en el interior del país para llevar á fondo su ataque, empieza el tercer concepto ó modo de utilizar los Pirineos para la defensa, siquiera fuera ya solamente de una manera indirecta, aprovechando su favorable disposición para la guerra de guerrillas, y manteniendo así constantemente amenazadas las comunicaciones de aquél con su propio país.

FRANCISCO LARREA

BAJO EL ROBLE DE GUERNICA

IMPROVISACIÓN

Vanguardia de las Españas,
Alza el bizcaíno solar
Sus gigantescas montañas
Con el hierro en las entrañas
Y sus pies rendido al mar.

Llorando su desconsuelo
El antes libre Nervión,
Sigue cruzando este suelo,
Que de peñón en peñón
Parece abrazarse al cielo.

Sus hijos y hermanos míos
El rayo son de la guerra,
Que han dominado bravíos
Con su corazón la tierra,
Y la mar con sus navíos.

Hoy gimen los ruseñores,
Está de luto el altar,
Y á los cielos ví llorar
Sobre el cáliz de las flores,
Y lloran ríos y mar.

Llora el hombre y la mujer,
La gente vieja y bisoña,
Y hasta he llegado á entrever

Como lágrimas correr
 Por la Virgen de Begoña
 ¿Qué causa tanto rigor?
 ¿En qué duelo tal se entrafía?
 Es el cristiano dolor
 Con que está llorando España
 La orfandad de su Señor.

Llora entera la Nación;
 Sus municipios Castilla,
 Su libertad Aragón,
 Su antiguo fuero León
 Y su grandeza Sevilla.
 Valencia sus consejeros,
 Baleares sus linajes,
 Cantabria sus concejeros,
 Cataluña sus usajes
 Y la Basconia sus fueros.

Desde el vasco al andaluz
 Al ver no impera la Cruz
 Sobre este suelo español,
 Nos parece que hasta al sol
 Falta mitad de su luz.

De patricios verdaderos
 Es vuestro amargo llorar,
 Que, bascongados sin fueros,
 Os halláis como extranjeros
 En vuestro mismo solar.

Y lloráis las hondas penas
 Del hombre heroico y altivo,
 A quien por traición, apenas
 Lograron rendir cautivo
 Y arrastra duras cadenas.

Calmad los tristes dolores
 Pensando, siempre serenos,
 Si no fuisteis vencedores
 Luchasteis cual los mejores
 Y caisteis como buenos.

Animo, pues, con desdén
 Miremos la suerte impía,
 Y nueva esperanza os den,
 Que á la noche sigue el día
 Como del mal triunfa el bien.

Vuestro país recorriendo,
 Y en nuestra España pensando,
 De este modo meditando,
 De esta manera diciendo
 Fuí una montaña escalando.

Llegué al alto, y de repente
 Como un eco, me replica
 Desde el cielo omnipotente,
 Y me encontré frente á frente
 Con el árbol de Guernica.

Al verle y hallarme allí,
 Yo no sé lo que sentí,
 Que el alma se me ensanchó,
 Y una voz dentro de mí
 Me hablaba, que no era yo.

«La desgracia es pasajera
 Cumpliendo de Dios la ley,
 Seguid, que el triunfo os espera,
 Pues tenéis santa Bandera
 Y á usanza española, Rey.»

EL MARQUÉS DE CERRALBO

Guernica II de Septiembre de 1889

BOCETOS MILITARES

PLAZAS FUERTES

EL comandante de una plaza debe conocer palmo á palmo todos los alrededores; debe enterarse con rigurosa exactitud del material de guerra y provisiones con que pueda contar, estudiar las obras de defensa para reforzar los puntos más débiles y construir las defensas accesorias. Se enterará de la población civil que debe abandonar la plaza en cuanto principie el sitio, y obligará á provisionarse para igual tiempo que á la guarnición, á los paisanos que por cualquier motivo tengan que quedarse dentro de la plaza. Cuidará de arreglar lo mejor posible el servicio sanitario y creará un cuerpo especial de bomberos con los habitantes que no hayan de tomar las armas, examinando y poniendo en el mejor estado el material destinado á la extinción de los incendios.

Examinará los medios de proveerse de agua, máxime si teme que el enemigo pueda cortarla, cubrirá á prueba de bomba todos los edificios militares, con el cual objeto, así como también para responder á otras muchas necesidades, se proveerá de maderas en abundancia; hará desaparecer cuanto, á menos de 1,500 metros de la plaza, pueda estorbar el fuego de ésta ó servir de abrigo al sitiador, empleando en estos trabajos á los habitantes que no se brinden á batirse como soldados; perfeccionará las comunicaciones interiores, pondrá en mutua comunicación telegráfica todas las obras principales, los cuarteles, las oficinas de E. M. y todos los demás establecimientos militares; dispondrá la interceptación de cuantos caminos puedan ser útiles al enemigo y para detener, ó al menos retrasar su avance, destruirá los puentes que haya alrededor de la plaza.

Si las provisiones consisten en granos, se construirán molinos ó se arreglarán los ya existentes; las galletas ó bizcochos se reservarán para lo último; se recogerán cuantas provisiones haya en los pueblos próximos, no sólo para aumentar las de la plaza, sino que también para molestar al enemigo; las municiones de boca y guerra se distribuirán en varios almacenes para que no se pierdan todas en caso de incendio.

También cuidará el Comandante, de vigilar el servicio de avanzadas; desarmará á los naturales si es su ánimo hostil á la guarnición; repartirá la artillería é infantería designando con toda precisión el número de hombres y piezas que hayan de defender cada obra y hará los preparativos para las salidas.

Desde que el enemigo esté próximamente á tres jornadas de la plaza, es necesario vigilarle de cerca y estorbar todo lo posible su avance. Los alrededores de la plaza se deben defender palmo á palmo, procurando hacer algunos prisioneros, pero sin comprometer demasiado la propia seguridad. Si no es posible calcular los puntos hacia los cuales dirigirá más principalmente sus ataques el enemigo, siempre se podrá saber algo sobre su fuerza y el calibre y clase de los cañones.

Una vez resuelto el sitio de una plaza, el sitiador

destaca un cuerpo de caballería que, seguido de cerca de otro de infantería, verifica la *investidura*, operación que tiene por objeto cortar toda comunicación entre la plaza y el exterior. Luego se establece el ejército alrededor de la plaza fuera del alcance de los cañones; en general se fortifica con líneas de *contravalación*, para rechazar los ataques de la plaza, establecida dicha línea á una distancia de la plaza variable entre 2,400 y 3,400 metros y á 3,000 ó 4,000 metros de la misma plaza establece otra línea fortificada, llamada de *circunvalación*, y cuyo objeto es rechazar las tropas que vengan en auxilio de los sitiados.

Establecidas estas líneas, se reúnen los materiales y se elige el frente de ataque. Para hacerlo acertadamente deben tenerse en consideración el valor de las fortificaciones, la naturaleza del terreno y las comunicaciones á retaguardia. Una vez elegido el frente de ataque, se abre la 1.^a *paralela*; ó sea, un foso abierto á unos 600 metros de los salientes de la plaza, el cual foso suele tener un metro de profundidad y 3 ó 4 de anchura y cuyas tierras se echan del lado de la plaza en forma de parapeto; esta trinchera se pone en comunicación con los depósitos por medio de unas cuantas zanjas en *zig-zags*.

Desde la 1.^a paralela se desemboca á vanguardia por medio de otras zanjas, y cuando se llega á 300 metros de la plaza se abre la 2.^a *paralela*, semejante á la 1.^a. Muchas veces se hace á la *zapa volante*, así como los ramales á vanguardia, y otras veces á la *zapa doble*, según las circunstancias de la plaza y del terreno. Delante de la 2.^a paralela se sitúan las baterías de reboque, que, tirando en sentido de la longitud de las caras de las obras, rompen las empalizadas y desmontan las piezas. Desde la 2.^a paralela se camina, como desde la 1.^a, hasta llegar al pie del *glacis*, donde se construye la 3.^a *paralela*, estableciendo antes á mitad de distancia las *semiplazas de armas* ó *semiparalelas*, con obuses que enfilen el interior del *camino cubierto* y sostengan con la fusilería el trabajo de vanguardia. La 3.^a paralela se hace á la *zapa volante*, cuando la guarnición es poco aficionada á hacer salidas, y en la mayor parte de los casos á la *zapa llena*. Delante de la 3.^a paralela se establecen las baterías de morteros contra el camino cubierto.

Desde la 3.^a paralela se parte ya al ataque del camino cubierto, verificándolo unas veces á viva fuerza y al descubierto; otras poco á poco desembocando á la *zapa* sobre los salientes, construyendo á unos 30 metros, los llamados *caballeros de trinchera*, en las zapas circulares que abrazan los salientes, y adelantándolas hasta los más próximos que son los de las *medias lunas*; extendiéndose después á derecha é izquierda ó á lo largo de las caras de las plazas de armas, para efectuar lo que se llama el *coronamiento del camino cubierto*.

Si el camino cubierto coronado es el de una media luna, se establecen á lo largo de su cresta tres ó cuatro baterías de cañones; dos para abrir brecha en las caras de los *baluartes* y las otras para destruir el saliente de la media luna. Al mismo tiempo se abre la bajada al foso, se efectúa el paso del de la media luna y

cuando la brecha está ya practicable se da el asalto para establecerse en ella. Después se avanza sobre las plazas de armas entrantes y sobre los salientes del camino cubierto de los baluartes (si no están ya coronados) y se establecen en ellos baterías, las unas para batir en brecha los salientes de los baluartes, y las otras para contrabater los flancos.

Delante de los baluartes se hace la bajada y el paso de los fosos, y desembarazado el reducto de la media luna, corona el sitiador las brechas de los baluartes. Si los atrincheramientos interiores son de poca monta, no tardará en capitular la plaza, pero si son importantes dichos atrincheramientos, será necesario atacarlos regularmente abriendo brecha con las minas ó con la artillería.

Las baterías de brecha contra los baluartes se sitúan entre los 1.^o y 2.^o traveses del camino cubierto, desde el ángulo saliente, y las contrabaterías á uno y otro lado de los mismos ángulos.

La extensión de la brecha se divide entre las piezas de la batería, tirando cada una al extremo del mismo lado de la parte de línea que le corresponda en la horizontal que se va á marcar á un tercio de la altura total de la escarpa desde su pie; bien señalada la horizontal, tanto mejor cuanto más profunda, se abren dos cortes verticales, cada uno sobre cada extremo de la horizontal, aislando enteramente el macizo de mampostería que se quiere echar abajo; sólo se deben hacer cortes intermedios cuando los materiales del revestimiento tengan mucha adherencia. Si á pesar de hechos los cortes verticales no cayese el revestimiento intermedio, se tirará á un tiempo con todas las piezas sobre los extremos de la horizontal para así provocar y ayudar el desprendimiento y luego, cuando ya estén descubiertas las tierras del macizo, se cruzarán los fuegos que hacen practicable la brecha.

Para la defensa, y antes de abierta la trinchera, se artillan los salientes con piezas á barbata que detengan al enemigo, y una vez abierta, se aumenta la resistencia de los frentes atacados tirando á barbata sobre los trabajos del sitiador, hasta que construya sus baterías, y entonces se cubren las piezas con merlonnes y traveses, y se trata de paralizar los trabajos de los *zig-zags*; pasada la tercera paralela se hace uso de las minas y cuando el sitiador haya puesto el pie en las mismas obras de la plaza, se harán salidas con toda la frecuencia posible, para disputarle el terreno palmo á palmo.

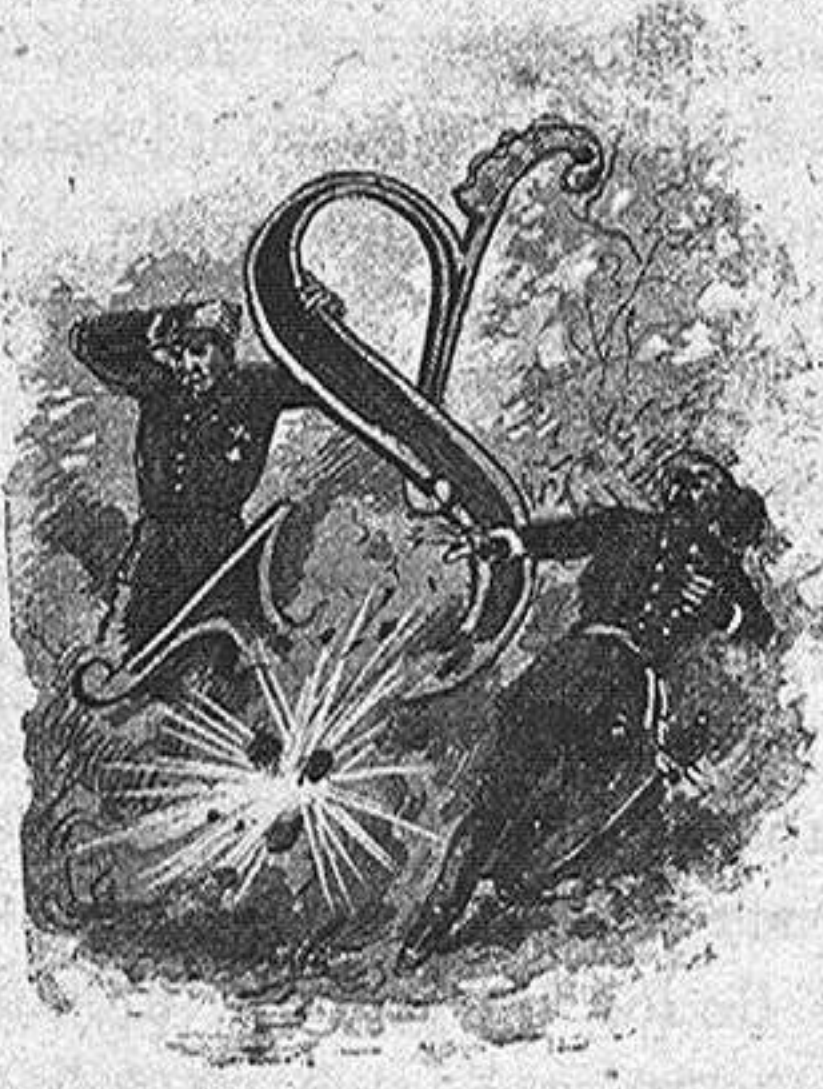
Desde que el enemigo haya empezado á construir sus líneas de circunvalación y contravalación, dependerán las salidas de los sitiados de circunstancias tales como la probabilidad de un pronto socorro exterior ó la fuerza y espíritu de la guarnición de la plaza; estas salidas deben ser tanto más frecuentes, cuanto más largo haya de ser el sitio, porque la resistencia pasiva acaba por desmoralizar á los defensores. Algunas salidas, cuyos resultados positivos sean completamente nulos, pero que siembren la muerte entre los sitiadores y les convenzan de que podrán tomar la plaza, pero á costa de mucha sangre y salvando los fo-

esos en puentes formados con sus propios cadáveres el día del asalto, valen siempre más que muchas otras que hayan dado por resultado la toma de algunas piezas ó el abandono de una trinchera.

REYNALDO BREA

(Concluir á)

ULTIMOS MOMENTOS DE UN HEROE



Si hubiéramos de describir todos los episodios y rasgos interesantes á que han dado ocasión en el campo carlista las campañas de Somorrostro en la última guerra civil, sería necesario consagrar á ellos volúmenes enteros. Aun para los que hemos presenciado sobre el terreno humeante de la lucha habría que destinar gran número de páginas.

reño humeante de la lucha habría que destinar gran número de páginas.

La circunstancia que más resaltaba al observar la disposición de ánimo de aquellos sufridos combatientes y la impresión que absorbía todas las impresiones era el ver la espontaneidad con que ambicionaban el puesto del peligro, la impaciencia con que aguardaban el día del combate ó, como ellos decían, el día de *función*. Podríamos citar el nombre de un batallón que porque en el momento en que se ordenaba una carga á la bayoneta, fué destinado á formar la reserva en lugar de hacerlo como deseaba en primera línea, prorumpió en manifestaciones de descontento, creyéndose con aquella determinación pospuesto y desairado. Sorprendía de una manera especial contemplar á aquellos muchachos que individualmente tratados, manifestaban una docilidad y unos sentimientos de dulzura tan impropios de su vida azarosa y de campamento, y verlos luego en los momentos del ataque animados de una extraordinaria fiereza lanzarse al enemigo disputándose unos á otros el avanzar con más rapidez, y aun hacer necesaria la repetición de los toques de corneta cuando las órdenes de los Jefes mandaban hacer alto ó disponían la vuelta á sus posiciones primitivas. Y no hay que decir que pudiera animarles la idea de que se consideraban exentos de peligro por haber salido incólumes en los anteriores encuentros, porque bien cerca de sí habían sentido las consecuencias de su arrojo.



Contábanse entre aquellos batallones varios en los cuales el plomo y la metralla habían cercenado la cuarta parte y aun la tercera de sus plazas, y no faltaba alguno que vió reducido su contingente á la mitad. El desprecio de la vida había llegado á ser allí un sentimiento vulgar; el entusiasmo rayaba en exaltación, el ardimiento en delirio.

En uno de los parapetos del Montañó se hallaba un joven voluntario que abandonó los estudios y el hogar doméstico sin conocimiento de sus padres por ir á participar de los peligros de la guerra. Su escasa edad apenas le daba fuerzas para el manejo del fusil. Tratando de probar su decisión, quisimos hacerle abandonar el campamento, diciéndole que cerca de allí le aguardaba un criado de la casa para volverle al seno de la familia. El imberbe guerrero resistió tenazmente la intimación, importunó, lloró y viendo nuestra insistencia, huyó apresuradamente al punto más avan-



zado y se abrazó al fusil de uno de los centinelas. El muchacho contaba en junto catorce años. ¡Dos días



antes había entrado con su batallón en una carga á la bayoneta!

Nada pinta, sin embargo, con tan vivos colores el estado de febril excitación que había logrado inspirar esta campaña como el ejemplo de fortaleza y de heroísmo que vino á dar en aquellos días de prueba una pobre madre cuya abnegación podría parangonarse sin quebranto con la tan renombrada de la madre de los Gracos. Acababa de perder dos hijos en las jornadas de Marzo, y se presentó en el campamento llevando de la mano el tercero.

—Coronel:—dijo al Jefe del batallón de que aquellos habían formado parte,—mis dos hijos acaban de morir en los últimos combates, sin volver la espalda al enemigo. Han muerto como valientes. Traigo en su lugar



el único que me queda. Si este muere también no traeré más, porque no tengo, pero vendrá á reemplazarle su padre.

¡Tal grado de ardor bélico y de ciego frenesí había alcanzado la lucha en aquel período de la guerra!

Vamos á cerrar estos detalles con la relación de uno de los acontecimientos más trascendentales para la causa carlista. Una nueva escena de desolación: otra página sangrienta.

Eran las tres de la tarde del 29 de Marzo. En una pequeña explanada que domina á San Pedro de Abanto y dista unos cuarenta pasos del pequeño pueblecito de Sanfuentes, hallábase un grupo de generales carlistas presidido por el ilustre veterano en quien propios y extraños han reconocido siempre al hombre de lealtad y consecuencia políticas, al militar valiente y entendido y al cumplido caballero: el general Elío. Ocupábase en observar desde aquel sitio despejado los movimientos del enemigo y en estudiar los puntos vulnerables que habían marcado las operaciones en las jornadas de los días anteriores. El fuego de cañón jugaba tan sólo en el presente con poca intensidad y en desigual competencia, siendo únicamente dos piezas de montaña las que desde las posiciones carlistas disparaban contra el inmenso tren de que disponían los contrarios. Acompañaban á este grupo dos personas extrañas al arte de la guerra, una de las cuales sostenía íntimos y antiguos lazos de amistad con el general Ollo que era quien mandaba la línea y estaba allí presente. Aunque la simple vista advertía hallarse el punto de observación al alcance de los proyectiles, alejaba la idea del peligro la circunstancia de que éstos iban dirigidos de derecha á izquierda pasando de largo por delante de la explanada. Sintióse de improviso un cercano y prolongado silbido que hizo notar la proximidad de las baterías enemigas colocadas en el fondo del valle. Por toda observación se contentó con decir uno de los circunstantes:

—Esa ha ido muy á la derecha.

No tardaron en sentirse las consecuencias de tan temeraria confianza. Aquella granada era una de las pocas que la artillería moderna necesita disparar para rectificar la puntería. A los pocos segundos de haber sonado el primer proyectil, y en ocasión en que el General Elío se separaba del grupo unos diez pasos para conferenciar con una de las personas no militares que figuraban en él, sintiéronse simultáneamente un nuevo y más penetrante silbido y una fuerte denotación. Una nube de polvo cubrió por el momento á los circunstantes quienes giraron la vista en torno de sí en medio de cruel ansiedad. La granada había reventado en medio del grupo dejando tendidos en el suelo al general Ollo, al Brigadier Rada, conocido vulgarmente por *Radica*, y al Auditor de guerra Escudero.

No es para descrita la impresión que produjo en el campamento la inesperada catástrofe. Inmediatamente se vió cada uno de los heridos rodeado de numerosos amigos que intentaban inútilmente restañar la sangre que manaba á borbotones de aquellos cuerpos taladrados por la metralla. Los ayudantes corrían precipitadamente en busca de socorro, los soldados de un batallón que se hallaba á corta distancia lloraban la pérdida de sus más queridos Jefes, y hasta las mujeres, de la contigua aldea acudían presurosas, trayendo agua, trapos y vendajes sin temor á las granadas que menea en aquel recinto, blanco ya de la rectificada puntería. En medio de aquellos instantes de confusión y de ansiedad, cada momento creciente, se destacaba la figura del general Elío que con una serenidad imper-

turbable y voz tranquila daba órdenes para recoger los heridos, como si se tratara del encargo más sencillo, del acontecimiento más vulgar. Conducidos éstos al abrigo de un edificio inmediato, recibieron los primeros socorros y fueron trasportados en camillas al lecho del dolor, donde dentro de poco debían terminar todos sus dolores.

Al levantar en hombros la que conducía al General Ollo, tendió éste los brazos para dar á sus amigos el último adiós en expresivo y desgarrador ademán. No hay escena de ternura que pueda compararse con la escena que promovió la actitud de este animoso guerrero que se despedía para la eternidad. Con el rostro desfigurado por la metralla, partida la pierna derecha en dos pedazos, destrozada la espalda y metida dentro de ella la espoleta de la granada, y con las manos teñidas en su propia sangre, estrechaba ardientemente las de los amigos conservando una entereza propia solamente de los héroes. Todos los circunstancias se agolparon á la camilla tributando el postrer homenaje de amistad al General respetado sobre todos y querido.

Ello sintió resbalar dos lágrimas por sus mejillas á despecho de su levantado espíritu y ánimo sereno. Acaso sean las únicas que ha derramado en toda su vida por motivo semejante. Muy cerca estuvo de perecer también el anciano General, víctima del disparo que ocasionó la muerte á aquellas tres lloradas víctimas. El amigo de Ollo que conversaba con él á pocos pasos del grupo, en el momento mismo en que estalló la granada, le evitó quizá que cayera envuelto en sus estragos. Era el autor de estas líneas.

RAMÓN ESPARZA É ITURRALDE

NUESTROS GRABADOS

Muerte del General carlista D. Nicolás Ollo

(Gran lámina suelta)

Los últimos momentos del mártir esforzado cuyos apuntes biográficos se leen más abajo, han servido de tema al artista para la composición del asunto de la referida lámina.

Muchos son los que como héroes sucumbieron en defensa de nuestra Causa, pero contados, sin duda, los que con ánimo tan sereno y varonil arrostraron cual el valeroso Jefe carlista Ollo los peligros más rudos, las más terribles contrariedades de la guerra, alcanzando muerte gloriosísima y resignada, y por tanto envidiable, sobre el campo del honor.

¡Bendita la Causa que produce héroes como Ollo y Francesch, como Lozano y Sabariegos!

¡Bendita, sí, mil veces, y afortunados los que sucumben defendiéndola!

Don Nicolás Ollo

(pág. 81)

La historia de nuestra Comunión es una historia de héroes. El que hoy presentamos á nuestros lectores hará recordar á éstos la pericia, la caballerosidad y el arrojo mancomunados en un solo genio.

Nuestra última guerra civil es elocuente testimonio de que,

el que es objeto de los presentes apuntes biográficos, fué digno emulador de Zumalacárregui.

D. Nicolás Ollo y Vidaurreta nació en Ibero (Navarra) el día 6 de Diciembre de 1816; el día 5 de Abril de 1834 ingresó en clase de soldado voluntario en el 3.^{er} Batallón de la división carlista navarra con el cual se batió en muchos puntos, ganando sucesivamente por sus especiales servicios los empleos de cabo 2.^o, cabo 1.^o y sargento y la gracia de Cadete.

En 20 de Octubre de 1836 ascendió á Alférez, por antigüedad, y habiendo sido gravemente herido en el Perdón el 10 de Septiembre de 1837, tuvo que estar un año y medio alejado de los campos de batalla para atender á su restablecimiento.

En Marzo de 1839 se agregó de nuevo á las filas, operando á fines de la campaña á las órdenes del General Elío.

Se adhirió al convenio de Vergara y estuvo en su país natal con licencia ilimitada hasta que habiéndose unido al general O'Donnell en 1841, emigró con él á Francia de donde volvió en 1843 con motivo del alzamiento nacional de este año.

Al siguiente ascendió el Sr. Ollo á Teniente, por antigüedad, y fué destinado al Regimiento de la Princesa con el cual estuvo de guarnición en Madrid y Cataluña; en 1848 se le concedió el grado de Capitán, cuya efectividad obtuvo en 1854, por gracia general; quedó en situación de reemplazo; pero reclamado por el Brigadier Rios, Coronel del Regimiento de la Princesa, para la primera vacante que ocurriese, volvió en Octubre el Sr. Ollo á dicho Regimiento y hallándose con él en Pamplona, mereció que en una revista de inspección se le distinguiese entre todos los capitanes por el estado brillante de instrucción y subordinación en que tenía la compañía de su mando.

Cuando el desarme de la milicia nacional, en Julio de 1856, el capitán Ollo se apoderó de sus banderas, por lo que fué agraciado con el grado de Comandante, y siguió prestando el servicio de su clase en el citado Regimiento con el que fué á la guerra de África en la cual ganó el grado de Teniente Coronel y la Cruz de 1.^a clase de San Fernando, peleando en las acciones de 30 de Noviembre; de 9, 15, 20 y 25 de Diciembre; en la batalla de los Castillejos; en las acciones de Monte Negrón, Cabo Negro, 23 y 31 de Enero; en la batalla de Tetuán; en la acción de Samsa y en la batalla de Wad-Rás.

No se procedió con justicia, y resentido por ello, cansado de injusticias y aburrido el Sr. Ollo, pidió su retiro á los 2 meses de concluída la campaña, contando 29 años y 3 meses de servicios, mereciendo el concepto de valor acreditado, mucha aplicación y capacidad, buena conducta é instrucción sobresaliente en Ordenanzas, Táctica y Procedimientos militares.

Todos sabemos cuanto trabajó en la conspiración precursora de la última guerra civil, y en ésta, que comenzó con el empleo de Brigadier, prestó servicios que el reseñarlos detalladamente sería obra de mucho tiempo.

D. Nicolás Ollo condecorado con la gran Cruz Roja del Mérito Militar por la acción de Monreal, ascendido á Mariscal de Campo por la de Eraúl y agraciado por Don Carlos de Borbón con el título de Conde de Somorrostro, en premio de la gloria que alcanzó en la batalla de 24 y 25 de Febrero de 1874, había en un año organizado en Navarra siete Batallones y se había apoderado de 6 piezas de Artillería y de dos banderas.

La muerte de este bravo General influyó en el triste desenlace que tuvo la guerra.

Gracias á la amabilidad de nuestro distinguido amigo el Canónigo residente hoy en Astorga, D. Tomás Romero, el mis-

mo que vestido con sus hábitos corales de Cañónigo de Solsona bendijo dos banderas carlistas en los campos de Abárzuza y dirigió la palabra á los dos batallones formados, sobre la solemnidad del acto que acababan de presenciar, podemos agregar los siguientes detalles, que nos comunica dicho señor:

«Cayó la mortífera granada, que á todos nos dejó como atontados y oigo decir á nuestro querido D. Tomás: «soy muerto, no me abandone» y después de haber dado la absolución al Auditor de guerra, que parecía iba á expirar por momentos, acudí á D. Nicolás y apretándome las manos me dijo: «Sígame usted á donde me lleven, porque quiero morir como un verdadero cristiano,» y así lo hice, y en San Salvador del Valle le administré los Santos Sacramentos, no me separé de su cabecera, viéndole morir con la fortaleza del mártir y con la fe de un verdadero cristiano.»

Bandera del Batallón primero de Castilla

(pág. 84)

Prendas de valor incalculable son, para el guerrero, las enseñas y trofeos que le llevaron al combate, animándole en las victorias, fortaleciéndole en los reveses.

La imagen de esos trofeos tiene también mérito grande, por más que relativo, para los que formaron en su alrededor. Creemos, por tanto, que los voluntarios carlistas que lucharon en las filas del Batallón primero de Castilla, verán gozosos la reproducción, en las páginas de esta REVISTA, de la Bandera que les guió al combate en los días de la pasada lucha cuyo recuerdo trata de evocar, perpetuándolos, EL ESTANDARTE REAL.

Artilleros carlistas

(pág. 85)

De fotografía hecha en Durango, ha sacado copia á la pluma el dibujante Sr. Urgellés del grupo de referencia, en que bastantes, que aun viven hoy, se verán retratados.

Fachada del Palacio Loredán en Venecia

(pág. 88)

Conforme pudieron ver nuestros lectores en números anteriores, el Sr. Duque de Madrid, correspondiendo con bondad excesiva y que jamás sabremos agradecer suficientemente á una petición nuestra, ordenó la reproducción tipográfica de las habitaciones principales de su Palacio.

Comenzamos en el presente número la publicación de las vistas que nos fueron enviadas, y con la ayuda de Dios en los sucesivos podrán ver nuestros lectores copia de las restantes.

El palacio Loredán, propiedad que fué de los Dux del mismo nombre, forma ángulo con el Gran Canal, vía la más importante de Venecia, y el Campo San Vio, una de tantas calles transversales que llevan al interior de la ciudad.

Frente la puerta de mar se ven las tres estacas, pintadas de amarillo y rojo, á las cuales se atracan las góndolas propiedad de Don Carlos.

A la derecha está la puerta de tierra, llamada así, porque gracias á un puente de piedra se hace posible recorrer la ciudad, prescindiendo del vehículo obligado, y único que se conoce en Venecia, ó sea la airosa y ligera góndola.

El palacio Loredán fué regalado á Don Carlos por su augusta Madre la Archiduquesa Doña Beatriz.

Salón de recepciones del Palacio Loredán

(pág. 89)

No es digno de regia morada el tal salón, ni cabe confundirlo con el Salón del Trono de los Alcázares de los Sobranos, pero es de sobras ostentoso y adornado con gusto

exquisito, y contiene á la par número tal de preciosidades artísticas y de recuerdos de viaje, que comprende desde luego, el que por vez primera pisa el Salón principal del Loredán, aun sin precedentes que le ilustren, que se encuentra en la morada de un prócer tan entusiasta por el arte como inteligente en los objetos elegidos para exornar la hermosa estancia, que tiene tanto que admirar y no poco que estudiar.

Al Salón principal precede una sencilla, pero elegantísima ante-cámara, en medio de la cual se destaca la artística figura, imitando el bronce, de un pajecito en actitud de demandar á los visitantes la tarjeta que pueden éstos depositar en la bandeja que presenta.

Entre los retratos del Salón, recordamos los de Doña Beatriz, de Don Carlos, de Aparisi y Guijarro y de D. Cándido Nocedal, los tres primeros de cuerpo entero.

Lujosísimos marcos encierran dos de las cuatro batallas pintadas por Esteban, que si mal no recordamos, son las de Somorrostro y Montejurra.

Un bonito armario guarda dijes y curiosidades procedentes del Egipto, de la India y de las Américas. Tapices antiguos y de gran valor cubren las paredes y un número incalculable de retratos, casi todos de antiguos servidores de Don Carlos, hállanse amontonados en una bandeja colocada en la mesa central.

Tiempo largo sería menester para con detención hacerse cargo de todos y de cada uno de los objetos que se ven en el Loredán.

Y por lo que hace al Salón de recepciones del mismo, creemos bastará á nuestros lectores la ligera descripción que llevamos hecha, para formarse una idea incompleta, pero aproximada, de las preciosidades que encierra.

Ultimos momentos de un héroe

(págs. 93-94)

Dedicadas preferentemente las páginas del presente número á honrar la memoria del invicto General Ollo, hemos juzgado oportuna la reproducción, ilustrándolo, del precioso episodio escrito por D. Ramón Esparza é Iturralde.

Acerca el grabado «Charanga del Batallón llamado GUÍAS DEL REY,» que publicamos en el número 4.º de esta REVISTA, nos hace observar un apreciable suscriptor residente en Zaragoza, que en los primeros días del mes de Junio de 1875, algunos antes de la jura de los fueros en Guernica, y estando la 1.ª compañía del Batallón de Guías dando la guardia á Don Carlos en Durango, propuso el Comandante Sr. Garnica que, aprovechando la estancia de un fotógrafo en dicho punto, podían retratarse y de este modo tendrían un recuerdo de aquellos días tan felices. Reuniéronse, en efecto, varios oficiales y voluntarios y se hizo la fotografía.

La circunstancia de ser el referido suscriptor y correligionario nuestro uno de los fotografiados, le facilita recordar los nombres de varios de los que forman el grupo, no todos ellos músicos.

Los dos niños que aparecen en primera línea sentados en el suelo, eran conocidos por los nombres de Nicanor y Andreico. Ambos son naturales de Estella, abogado el primero y reside hoy el segundo en Buenos Aires.

En segunda fila aparece el corneta Andrés, y sentados el Teniente Gorbear, el Comandante Garnica, el Capellán del batallón, el Teniente Fuentes, el músico Mayor y un sargento músico.

En la tercera se ven los cabos y sargentos de la compañía, Alegría y Quintanilla; Palau, hoy sacerdote; Remacha, Alférez y hoy médico y varios caballeros cadetes, hijos de las principales familias del Señorío de Vizcaya.

Al transcribir de la carta de nuestro suscriptor los precedentes datos, nos complacemos en hacerle presente nuestra gratitud por su exquisita galantería y atención.

EL ESTANDARTE REAL



MUERTE DEL GENERAL CARLISTA D. NICOLÁS OLLO.—COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE D. INOCENTE GARCIA ASARTA

